

allí antes de evacuar la Nueva España. Esas piezas han sido tomadas sin duda en la época de las guerras de nuestra revolución de 1793, porque como llevan las milésimas de 1740 á 1770, no se puede suponer que sean de las dadas por Luis XIV á Felipe V, ni de las perdidas durante la guerra de la Regencia, en 1718. Esas piezas pertenecen á las armas de Francia; algunas se llaman *Duc d'Aumale*, *Maréchal d'Humières*..... etc.; otras, *Le Liberal*, etc. He visto muchas de ellas sobre los bastiones de Campeche, perfectamente conservadas, y son de una cinceladura admirable.....»

Tal es, en resumen—y como lo permite el carácter de nuestro libro—el cuadro de los monumentos levantados en nuestro país durante los dos primeros siglos de la administración colonial. Cuando los escritores americanos han impugnado á la corte de Madrid por la política que observó en sus posesiones del Nuevo Mundo, uno de los argumentos de que los españoles han echado mano para defenderla es el de los numerosos monumentos con que dejó regado el territorio de América. Pero ya hemos visto, al menos por lo que respecta á nuestro suelo, que pocos de éstos fueron levantados para la utilidad exclusiva de los criollos; que los más fueron destinados para mantener en perpetua cadena á la Colonia, y que el tesoro del rey no contribuyó sino algunas veces, y con cantidades muy mezquinas, á los crecidos gastos que ocasionaron.

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO PRIMERO

Influencia del filibusterismo en los asuntos de la Península.—Breves noticias sobre esta Asociación.—Su incremento y decadencia.—Los piratas visitan con frecuencia nuestras costas.—Origen de Belice, según Sierra.—Dudas sobre la existencia de Wallace.—Escritores que hablan de él.—Epoca en que fué fundada la Colonia.—Sus primeros pobladores se dedican á la vez á la piratería, al contrabando y al corte de palo.—Tratado que celebran con los indios mosquitos.—La isla del Carmen es ocupada por aventureros de la misma especie.—Causas que por mucho tiempo impidieron á las autoridades españolas hostilizar ambos establecimientos.—Artículo 7.º del tratado celebrado entre España é Inglaterra en 1670.—El gobierno inglés pretende en el Congreso de Utrech que se conceda á sus súbditos el permiso de cortar palo en las costas de Yucatán.—La España se niega á concederlo.

No podemos entrar en la narración de los sucesos acaecidos en la Península durante el último siglo de la dominación española, sin llamar la atención del lector sobre ciertos hechos concernientes á los filibusteros, que fueron un día el azote de nuestro suelo y que más tarde debían tener alguna influencia en su porvenir. En los dos libros anteriores hemos hablado de algunas de las expediciones que llevaron á cabo, incendiando y robando las poblaciones que caían en su poder. Ahora vamos á examinar el incremento que habían tomado al comenzar la época en que va-

mos á entrar, y á aventurar algunas noticias sobre su origen y sus tendencias, intimamente enlazadas con el asunto que nos ocupa. Este examen, no solamente nos parece útil, y aun necesario, para la perfecta inteligencia de nuestra historia, sino también para la solución de algunas dificultades que la República mexicana ha experimentado antes de ahora y experimentará tal vez en adelante en sus relaciones con uno de los países más poderosos de Europa.

Se dió el nombre de *filibusteros* á una Asociación de piratas de diversas naciones del mundo, que apareció en el mar de las Antillas á fines del siglo xvi y principios del siguiente. Algunos escritores extranjeros que hemos consultado para escribir este capítulo, fijan su aparición en una época algo más moderna; pero nosotros hemos preferido seguir en este punto á nuestros cronistas, todos los cuales hablan de expediciones piráticas desde la fecha que acabamos de citar. Los miembros de la Asociación usaban en sus incursiones de unos botes ligeros, llamados en inglés *fly-boats* y en francés *fibots*, y de la corrupción de estas dos palabras se derivó la de *filibustero*. Estos bandidos obraron al principio aisladamente; pero reunidos después en gran número y bajo ciertas bases de comunidad á motivación de algunos franceses, ocuparon en 1625 la isla de San Cristóbal, desde la cual comenzaron á organizar expediciones contra las colonias españolas. Más tarde se apoderaron de la parte noreste de Santo Domingo, y sin abandonar el ejercicio de la piratería, se dedicaron también á cazar el ganado salvaje que abundaba en aquella región. De esta última ocupación les vino el nombre de *bucaneros*, con que también fueron conocidos, porque para exportar la carne de este ganado, con la cual hacían un gran comercio, la secaban y ahumaban previamente en una especie de parrilla llamada *bucán* en el idioma de los caribes.

La Asociación estuvo á punto de perecer, ó al menos de cambiar de residencia y dirección, cuando el ganado de la

isla llegó á agotarse. Pero lejos de esto, vino á darle incremento una nueva irrupción de piratas que tuvo lugar en el Nuevo Mundo á consecuencia de las guerras continuas en que la España estuvo con la Francia y la Inglaterra. Sus barcos pequeños y mal equipados no tardaron en ser sustituidos con otros mayores, y no se limitaron ya á sorprender poblaciones indefensas, sino que atacaron con valor toda clase de embarcaciones, sin exceptuar las de guerra. Pronto se hallaron también en aptitud de atacar poblaciones de alguna importancia, y á fin de que la Asociación no corriese el peligro de disolverse por la anarquía, se adoptó una organización que tenía por base la disciplina más severa en todo lo que concernía al servicio, y el libertinaje más desenfrenado fuera de él. El jefe era elegido entre los más hábiles y audaces, y algunos de ellos, como Mansfield, Morgan, Francisco Nau, Laurent de Graff, Van der Horn y Gramont, llegaron á adquirir un poder tiránico sobre sus camaradas, y fueron por mucho tiempo el terror de las posesiones españolas.

La Francia, y especialmente la Inglaterra, no se desdijeron de proteger á estos bandidos, y aun de solicitar su apoyo cuantas veces estuvieron en guerra con la España y quisieron hostilizar á sus colonias de América. El protectorado se ejerció de una manera más ostensible cuando las tropas de Cromwell se apoderaron de Jamaica en 1655, porque desde entonces varios de los piratas de esta región del Nuevo Mundo pudieron entrar y salir libremente de la isla, y aun ejercer en ella actos de una moralidad poco edificante. Cuando Laurent de Graff saqueó á Veracruz en 1683, á Jamaica fué donde llevó el fruto de sus rapiñas y allí hizo la distribución entre los suyos. Cuando Ducasse, gobernador francés de Santo Domingo, tomó á Cartagena, llevó consigo un gran número de filibusteros que se batieron con valor; pero que después del triunfo se quedaron á saquear la ciudad. Esta última circunstancia y

otras que omitimos manifestar aquí, en obsequio á la brevedad, hicieron comprender á los gobiernos francés é inglés que era muy peligrosa la alianza de unos hombres que estaban en guerra abierta con toda la sociedad, y desde entonces comenzaron á retirarles su protección. Con este motivo, y con la creación de la armada de barlovento, la Asociación comenzó á decaer al principiarse el siglo xvii, aunque todavía subsistió hasta muchos años después.

La Península de Yucatán fué una de las posesiones españolas que con mayor frecuencia visitaban los piratas. La larga extensión de sus costas, el escaso número de habitantes que había en ellas y la poca ó ninguna defensa con que contaron durante el siglo xvii, hacían que fuesen de muy fácil acceso para todo el que quisiera visitarlas. Los ingleses se aprovecharon desde muy temprano de esta ventaja, aunque su objeto principal no hubiese sido siempre el pillaje. El palo de Campeche ya tenía por aquella época gran reputación en Europa, como superior á todas las demás materias que se empleaban en el tinte, y el comercio lucrativo que los españoles hacían en este ramo tentó la codicia británica. Los filibusteros no se desdeñaban de aplicarse al trabajo, cuando éste les proporcionaba una fuerte ganancia, y así como en Santo Domingo se entregaron á cazar ganado salvaje para vender la carne en los mercados que visitaban, así se dedicaron en Yucatán á cortar el palo de tinte que abunda en él.

La primera tentativa de este género se hizo en Cabo Catoche hacia el año 1662, y este hecho importante, cuya noticia debemos á un escritor que fué por mucho años superintendente de Belice (1), pasa casi desapercibido en nuestras crónicas. Solamente en los manuscritos atribuidos al P. Lara encontramos la especie de que la ciudad de Mérida pidió al gobernador D. José Campero (1660-1663)

(1) FANCOURT, *The History of Yucatán*, en el prefacio.

que tomase providencias á fin de echar de estas costas al enemigo pirata, frase que pudiera muy bien indicar que los cortadores de palo tenían ocupado el Cabo por aquella época. Como quiera que sea, luego que éstos hubieron agotado los árboles más inmediatos á la costa, y temiendo sin duda internarse demasiado, se dirigieron, según asegura Robertson (2), primero á la isla de Tris, nombre que entonces se daba al Carmen, y luego á la bahía de Honduras, donde colocaron su principal establecimiento. El lector comprenderá que el escritor inglés alude aquí á la colonia británica conocida actualmente con el nombre de Belice, y sobre cuyo origen no añade una sola palabra. La *Historia* de Fancourt habría dado indudablemente mucha luz sobre este asunto; pero desgraciadamente no conocemos mas que la primera parte, que sólo llega hasta la conquista del Petén, y no tenemos noticia de que hubiese publicado la segunda. En cuanto á los datos que suministran nuestros anales, son algo oscuros y confusos, aunque no dejan de darle cierta fuerza los que hemos podido recoger en autores extranjeros. Vamos á exponer brevemente unos y otros, empezando por los que conciernen al origen de Belice, cuya influencia en la suerte de la Península les da una importancia que á nadie puede ocultarse.

Hablando D. Justo Sierra de las expediciones de los filibusteros por la época en que estaba en su apogeo la Asociación de que hemos hablado, se expresa de esta manera: «Dícese que un bucanero escocés, atrevido y emprendedor, llamado Petter Wallace, movido de la fama de las riquezas que se ganaban en aquellas expediciones infames, y asociado de los más resueltos de sus camaradas, determinó buscar un sitio á propósito en que colocar perpetuamente su guarida, á fin de salir á sus piraterías en la mejor ocasión y volver con toda seguridad. Como esto ocurría á me-

(2) *Historia de la América*, libro VII.

diados del siglo xvii, la costa de Yucatán bañada del golfo de Honduras, se hallaba totalmente deshabitada de españoles, pues el único establecimiento que allí había, el de Bacalar, había sido aniquilado por la irrupción del filibustero Abraham y por la sublevación de los indios de aquel distrito. Wallace hizo un perfecto reconocimiento de aquellos bajos y arrecifes, y después de un examen diligente, halló en nuestras costas un río enteramente á cubierto por una serie de cayos y bajos, y desembarcó allí con unos ochenta piratas, que desde el momento mismo construyeron unás cuantas chozas, circunvaladas de una especie de empalizada ó ruda fortaleza. Dieron aquellos aventureros el nombre de Wallace al río en cuyas márgenes se establecieron, nombre que después degeneró en Wallix y, por último, en Belice, que es como lo nombran los geógrafos modernos, y así se denomina en las actas oficiales del gobierno inglés» (3).

Hay dos pequeñas inexactitudes en este relato, que conviene hacer notar, aunque no afecten á la esencia de la materia que venimos examinando. La primera es relativa al nombre actual de Belice; porque aunque no conocemos ninguna acta de las que se citan, sino por su traducción castellana, sí podemos asegurar que cuantos libros ingleses hemos registrado para adquirir noticias de esta colonia, se le da constantemente el nombre de *Balize*. Tampoco es del todo exacto que la villa de Bacalar hubiese sido destruida en el siglo xvii; porque aunque las incursiones de los filibusteros la hubiesen llevado al más triste estado de decadencia, se mantuvo casi siempre en su antiguo sitio, como el centinela avanzado de la provincia en aquella región. Sus vecinos y autoridades no la desampararon, sino momentáneamente, en la ocasión de que en otra parte hemos

(3) Ojeada sobre el establecimiento británico de Belice, publicada en *El Fénix*.

hablado (4), y ya hemos visto que en 1695 el capitán Hariza, que ejercía de alcalde, prestó importantes servicios en la conquista del Petén. Pero esto no es un obstáculo para que á sus inmediaciones se hubiese establecido una colonia de piratas, sea porque los habitantes de aquella villa lo hubiesen ignorado, á causa del aislamiento en que vivían, sea porque la escasez de sus recursos no les hubiese permitido impedirlo.

En cuanto á que Belice deba su fundación á Petter Wallace, debemos hacer notar que algunos críticos han puesto en duda la existencia de este aventurero, fundándose en que su nombre no se registra, ni como célebre, ni como indiferente, en la historia de la piratería. El Sr. Sierra no acostumbraba citar las fuentes de donde sacaba sus noticias, y esta circunstancia nos priva del placer de intentar su defensa. No es, sin embargo, el único escritor que ha hablado casi en los mismos términos del filibustero escocés.

También Stephens, ocupándose de Belice, ha dicho en una de sus obras: «El almanaque de Honduras, que asume el carácter de cronista de este establecimiento, envuelve en el romance su historia primitiva, atribuyendo su origen á un bucanero escocés llamado Wallace.» Añade luego que los habitantes de aquel establecimiento se glorían de tener este origen, y que todavía se señala el lugar en que el osado aventurero estableció sus fortificaciones (5). Pobre autoridad histórica es ciertamente un almanaque, aunque no deja de darle cierto respeto el hecho de haberse constituido en eco de una tradición popular. Hay otra autoridad que todavía nos parece de mayor peso, no obstante que también le falte el requisito de citar la fuente en que se haya ins-

(4) Libro IV, capítulo IV.

(5) *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatán*, tomo I, capítulo I.

pirado. Hablamos de Webster, cuyo diccionario goza de una reputación universal, y que en la palabra *Balize*, del suplemento, se expresa de esta manera: «Corrupción de Waliz, nombre dado por los españoles al lugar, por haber sido descubierto y ocupado por un pirata inglés llamado Wallace» (6).

Todavía hay otra aserción del Sr. Sierra, relativa á la época en que fué fundado Belice, que merece algún examen. Coloca el hecho en el segundo tercio del siglo XVII, y aunque esto parece ser lo más probable, no está suficientemente comprobado en la Historia. Los escritores ingleses que han hablado sobre esta materia, y que conocemos nosotros, esquivan citar fechas, sea porque las hubiesen ignorado, sea porque conviniera á los intereses de su nación que las callaran. Robertson y Coxe se hacen notables por su silencio en este particular, y aunque Fancourt cita el año 1662 como época en que comenzó el corte de palo en Cabo Catoche, no conocemos el número de años que medió entre esta primera tentativa y la fundación de Belice.

Los redactores de una enciclopedia alemana, que probablemente tomaron de autores ingleses las noticias que dan en el artículo consagrado á Belice, se expresan de esta manera: «El origen de este establecimiento data desde el decaimiento de la piratería á principios del siglo pasado. Aventureros ingleses, para quienes el oficio de piratas era ya demasiado peligroso, aprovecharon los conocimientos exactos que tenían de las costas del continente para iniciar una profesión, aparentemente honrada, en el territorio situado entre el río Belice y el Hondo, que abunda en maderas de tinte» (7). Entre esta fecha y la que el Sr. Sierra

(6) *Diccionario*, de WEBSTER, revisado por GOODRICK y PORTER, Springfield, Mass, 1875.

(7) *Conversations Lexikon*, F. A. BROCKHANS, Leipzig, 1864.

asigna á la empresa de Wallace, hay cuando menos la notable diferencia de medio siglo. También se halla en contradicción con el aserto del mismo Fancourt, porque no es verosímil que hubiesen transcurrido cuarenta ó cincuenta años entre la época en que se agotó el palo en Cabo Catoche y la fundación de un establecimiento permanente en la costa de Yucatán bañada por el golfo de Honduras.

Todas las probabilidades, indican, al contrario, que la fundación de Belice tuvo lugar en el último tercio del siglo XVII. Al menos puede comprobarse suficientemente que desde esta época existía ya un nido de piratas ó cortadores de palo en el sitio donde hoy se levanta la colonia británica. Tenemos para apoyar esta aserción, no solamente lo que llevamos expuesto, sino además un dato que nos parece digno de crédito, y que hasta aquí no ha sido invocado, que sepamos, por los escritores que se han ocupado de dilucidar el origen de Belice. Don Juan de Villagutierre y Sotomayor, que escribió su historia de la conquista del Petén en el año 1699, hablando de las regiones que median entre Yucatán y Guatemala, dice que era muy peligroso viajar por mar de una á otra provincia, á causa de los bajos y arrecifes que existen en aquella costa, y de los *piratas* y otros enemigos de España que se albergaban en sus caletas y ensenadas (8). Debe tenerse presente que Villagutierre era relator del Consejo de Indias cuando es-

(8) *Historia de la conquista y reducción de los itzaes*, etc., libro I, capítulo IV.—He aquí las palabras textuales del autor de esta historia: «Este escollo de tierras bárbaras y de incultas gentes que mediaba entre los dos reinos (Yucatán y Guatemala)..... causaba el insuperable embarazo de no poderse comunicar ni tratar las cosas de su humano comercio..... sino por el gran rodeo y descomodidades de más de trescientas leguas por mar, y de una costa, como ella es, llena de bajos, arrecifes, islancillos y otros tropiezos, pasos contados de la continua zozobra de las naves, quanto sus caletas y ensenadas, seguro azechadero y refugio á los insultos, robos y crueldades de los piratas y enemigos de la Corona de España.»